

cidos por el suelo, y los pedazos de un gran marco dorado. Agustina, á quien el dolor tenía casi insensible, mostró, con gesto de desesperación, aquellos despojos.

—Sí que hay en ello una gran pérdida—exclamó la vieja regente del Gato de la pelota.—Se parecía mucho, es verdad; pero no te apures; he sabido que hay en el bulevar uno que hace retratos admirables por cincuenta escudos.

—¡Oh, madre mía!

—¡Pobrecita! Tienes mucha razón—replicó la señora Guillaume, que no supo entender la expresiva mirada de su hija.—Anda, nadie quiere con más ternura que la madre. Angel mío, todo lo comprendo; pero cuéntame tus penas, y te consolaré. ¿No te he dicho ya que ese hombre estaba loco? Tu doncella me ha contado lindas cosas... ¡Qué, si es un verdadero monstruo!

Agustina selló con un dedo sus pálidos labios, como si quisiera implorar un momento de silencio y quietud. La desventura la dotó aquella terrible noche de la paciente resignación que en las madres y en las esposas amantes sobrepuja, por sus efectos, á toda energía humana, y descubre quizás en el corazón de la mujer la existencia de ciertas fibras que Dios no quiso otorgar al hombre.

Indica una inscripción puesta en el cementerio de Montmartre, que la señora de Sommervieux murió á los veintisiete años. Un amigo de la tímida criatura vió en las líneas de este epitafio la última escena del drama. Y cada año, cuando llega la solemnidad del 2 de noviembre, no pasa nunca por delante de aquel mármol frío, sin preguntarse si no se necesita ser mujer más fuerte de lo que era Agustina, para resistir los poderosos abrazos del genio.

—Las flores modestas y humildes, que abren sus capullos en los valles, mueren quizás—piensa—cuando se ven trasplantadas á las alturas, muy cerca de los cielos, en las regiones donde se amasan las tempestades y donde el sol brilla ardiendo, refulgente.

## EL BAILE DE SCEAUX

Á ENRIQUE DE BALZAC

Su hermano,  
HONORATO.

El conde de Fontaine, señor de una de las más antiguas familias del Poitou, puso toda su inteligencia al servicio de los Borbones, ayudándoles valerosamente durante el período en que los vandeños guerrearón contra la república. Concluida esta época borrascosa de la historia contemporánea, después de haber salvado los peligros en que se vieron los jefes realistas, declaraba jovialmente: «Aquí tienen ustedes uno de los que se han expuesto á morir sobre las gradas del trono.» No había fanfarronada en semejante agudeza dicha por hombre á quien se abandonó entre los muertos cuando la jornada de los Cuatro Caminos. Arruinado y todo por la confiscación de sus bienes, este fiel vandeño rehusó tantos destinos lucrativos como por encargo del emperador Napoleón se le ofrecieron. Invariable en sus principios aristocráticos, cumplió ciegamente todas las máximas de su religión cuando juzgó oportuno elegir compañera; y desdendiendo los atractivos de una rica heredera á quien la revolución acababa de encumbrar, y que descaba con grande empeño tal alianza, casóse con cierta señorita de Kergarouët, pobre, pero oriunda de una de las ramas más nobles de Bretaña.

Cuando la revolución sorprendió á de Fontaine, era ya numerosa su prole, y contra sus ideas que repugnaban soli-



citar el favor de nadie, cediendo á los deseos de su mujer, abandonó su dominio cuya renta escasa era insuficiente para educar á los hijos, y se encaminó á París. Contristóle que sus antiguos camaradas lucrasen codiciosamente con empleos y dignidades, y ya estaba decidido á volverse á su tierra, cuando en carta oficiosa le anunció cierto personaje influente su nombramiento de mariscal de campo, fundándose en que la ordenanza permitía á los oficiales de los ejércitos católicos utilizar los veinte años primeros del reinado platónico de Luis XVIII como si los hubiesen pasado en el servicio activo. Algunos días más tarde recibió, también sin solicitarlo y por vía oficial, la cruz de la Legión de honor y la de San Luis. Estas gracias sucesivas, que él achacó al recuerdo del monarca, hicieronle variar de propósitos, y ya no se limitó, como lo había hecho hasta entonces, á ir con su familia todos los domingos á las Tullerías, para que gritasen fervorosamente en la sala de los Mariscales «¡Viva el rey!» cuando los príncipes se trasladaban á la capilla, sino que solicitó que se le otorgara una entrevista particular. La audiencia fué concedida fácilmente, pero no tuvo nada de extraordinario. En el salón real pululaban viejos cortesanos, cuyas cabezas empolvadas, vistas de cierta altura, ofrecían el espectáculo de una alfombra llena de nieve. El ilustre conde encontró allí á muchos de sus antiguos compañeros, que le saludaron con bastante frialdad; pero en cambio, los príncipes le parecieron *adorables*, expresión entusiasta que no pudo reprimir cuando el más gracioso de sus señores, de quien no se creía conocido como no fuese por el nombre, fué á estrecharle la mano y le proclamó el más íntegro de los de la Vendée. A pesar de esta ovación, no se le ocurrió á ninguna de las augustas personas preguntarle cuántas eran sus pérdidas ni el dinero generosamente entregado á las cajas del ejército católico. Advirtió entonces, aunque tarde, que había sostenido la guerra á su costa. Casi á lo último de la velada creyó oportuno aventurar una alusión discreta al estado de sus negocios, muy parecido al de tantos otros nobles. Su Majestad se echó á reír alegremente, pues toda frase ingeniosa tenía la virtud de complacerle; pero contestó, no obstante, valiéndose de uno de esos chistes regios, cuya suavidad es más temible que una reprensión airada. Luego se le acercó uno de los confidentes más íntimos del rey, y con frase

fina y culta, indicó al vandeano calculador que no era aún momento oportuno de confiar en las prodigalidades de los señores; en el examen de las memorias había otras mucho más atrasadas que la suya, y que debían indudablemente servir á la historia de la Revolución. Apartóse el conde prudentemente del venerable grupo que describía un semicírculo respetuoso ante la augusta familia; después, desentredando trabajosamente su espada, que se le interpuso entre las raquílicas piernas, volvió pedestremente, atravesando el patio de las Tullerías, al coche que le esperaba en el muelle. Y dentro, con el tesón que distingue á la nobleza chapada á la antigua, donde no se ha extinguido aún el recuerdo de la Liga y de las Barricadas, censuró en alta voz y á trueque de comprometer su seguridad personal, el cambio que alteraba las costumbres de la corte.

—Antes—dijo—todos hablaban sin restricciones al rey de sus asuntos, y los cortesanos podían solicitar á capricho recompensas y dinero: y hoy ¿será posible conseguir, á menos que uno alborote, el reembolso de las cantidades adelantadas para el servicio de sus armas? ¡Voto al diablo! La cruz de San Luis y el grado de mariscal de campo no valen seguramente trescientas mil libras que yo he gastado en gracia al triunfo de la realeza y de modo tan bonito. He de hablar al rey, cara á cara y en su cámara misma.

Con la anterior escena y con que sus instancias para conseguir la nueva audiencia no prosperaron, el celo del señor de Fontaine fué amortiguándose. Vió, para colmo de desengaños, que los intrusos del imperio alcanzaban no pocos de los cargos reservados en la secular monarquía á las casas más ilustres, y por fin, se hizo una mañana esta reflexión:

—Todo está perdido. Decididamente, el rey no ha sido nunca otra cosa que un revolucionario. Válganos que Dios es bueno é infunde ánimos y resignación á sus devotos hijos, que si no, á saber qué manos recogerían la corona de Francia, como este régimen continuase. Su maldito sistema constitucional es el peor de todos los sistemas de gobierno, y jamás convendrá á Francia. Luis XVIII y Beugnot lo han echado á perder todo en San Ouen.

Preparábase el conde exasperado así, á volver á su tierra, cediendo en el intento de toda indemnización. Y en si lo hacía ó no estaba, cuando los acontecimientos del 20 de



marzo presagiaron una nueva tormenta contra el rey legítimo y sus defensores. Parecido en esto á las almas nobles que no abandonan á quien les sirve en los días aciagos, de Fontaine hipotecó su patrimonio para seguir la suerte de la monarquía derrotada, ignorante en punto á si esta nueva prueba le sería más ventajosa que la abnegación demostrada anteriormente; pero despues de observar que los compañeros de ostracismo eran más favorecidos que los valientes que, con las armas en la mano, habían protestado en otra ocasión contra la proclamación de la república, es posible que confiara en conseguir más provecho de este viaje al extranjero, que no desempeñando un servicio activo y peligroso dentro del país. No fueron, ciertamente, sus cálculos de cortosano una de esas necias operaciones que teóricamente aseguran el oro y el moro y que en la práctica arruinan á quien las aplica. Fué, pues, á juzgar por lo que ha dicho uno de los más hábiles y más ingeniosos de los diplomáticos, uno de los quinientos leales que compartieron el destino con la corte retirada á Gante y uno de los cincuenta mil que regresaron á la patria. En el intervalo de este breve eclipse de la legitimidad, de Fontaine experimentó la dicha de que le emplease el monarca, y no le faltó coyuntura de probar al rey su consecuencia política, como hombre probo y leal. Cierta tarde en que el monarca no tenía asunto mejor en que ocuparse, recordó la feliz ocurrencia que tuvo de Fontaine en las Tullerías, y cogiendo el vandeano la ocasión por los cabellos contó su historia discretamente para que el rey, que nada echaba en olvido, pudiera recordarla en la ocasión más oportuna. El augusto erudito no echó en saco roto los giros elegantes que acusaban algunas de las notas confiadas al prudente aristócrata, y este mérito simple ayudó á que en la memoria del rey se grabase de Fontaine, distinguido entre las figuras de los más adictos á la corona. En la segunda etapa del triunfo figuró el conde entre los enviados extraordinarios que recorrieron las provincias con el encargo de juzgar, en nombre del poder real, á los fautores de la rebelión; pero debe decirse que usó moderadamente de su terrible influjo, y cuando esta jurisdicción temporal fué anulada, ocupó uno de los sillones del consejo de Estado, elevósele á la diputación, habló poco, escuchó mucho y cambió con frecuencia de opiniones. Varias circunstancias, desconocidas de sus biógrafos, hicieronle merecer

con bastante facilidad la confianza íntima del príncipe, y á tal punto, que un día, al presentarse, le interpeló así el malicioso monarca:

—Amigo Fontaine, no se me ocurrirá nombrarte director general ni ministro. Si fuésemos tú y yo empleados no sería fácil que conservásemos los destinos por culpa de nuestras opiniones. El gobierno representativo ofrece la ventaja de librarnos de la molestia, frecuente antes, de tener que destituir á los secretarios de Estado. Nuestro consejo resulta una verdadera posada adonde mande la opinión pública muy á menudo singulares viajeros; pero, en fin, siempre nos sobrarán recursos para distinguir á nuestros fieles servidores.

A este preámbulo burlón siguióse un decreto, señalando para de Fontaine un puesto administrativo en el dominio extraordinario de la corona. Como premio á la inteligente atención que prestaba á las chacotas de su real amigo, su nombre fué pronunciado por Su Majestad cuantas veces era preciso crear comisiones cuyos miembros pudieran lucrarse. Tuvo ingenio para no hablar del favor con que le distinguía el monarca, y alcanzó á distraerle por la mordacidad que empleaba en sus narraciones cuando se enfrascaba en uno de esos paliques familiares á que Luis XVIII era tan aficionado como á los escritos placenteros, las anécdotas políticas, y si se me permite la expresión, los chismes diplomáticos ó parlamentarios propios de la época. Sabido es que los pormenores de su *gubernamentalismo*, frase adoptada para el augusto chancero, divertíanle en gran manera. Gracias al tacto, al talento y á la destreza del conde de Fontaine, resultó que cada miembro de su numerosa familia, por joven que fuese, pudo apoderarse, á manera de un gusano de luz, según decía, satisfecho, á su amo, de las hojas del presupuesto. Así, utilizando las bondades del rey, el primogénito logró uno de los empleos más altos en la magistratura inamovible. El segundo, que no era más que capitán antes de la restauración, obtuvo el mando de un cuerpo á su regreso de Gante; despues, favorecido por los movimientos de 1815, en que fueron letra muerta todas las ordenanzas, pasó á la Guardia Real, introdujose entre los de Corps, volvió á los regimientos de línea y ascendió á teniente general, asignándosele mando en la Guardia, á raíz de la acción del Trocadero. El último de los hijos, á quien se nombró subprefecto, apoderóse bien pronto de las requisiciones, y fué director de una



administración municipal en la ciudad de París, donde estaba libre de los trastornos legislativos. Estas prebendas no aparatosas, secretas como el influjo de que gozaba el conde, sobrevénian sin ruido, y aunque el padre y sus tres vástagos obtuviesen numerosos gajes con que reunir personalmente una renta casi tan fuerte como la señalada á un director general, su medro á favor de la política no excitó la envidia de nadie. Pocos apreciaban, durante la época del primer ensayo constitucional, en su justo valor las dulzuras del presupuesto, donde diestros favoritos supieron escarbar hasta conseguir la compensación de los beneficios correspondientes á las abadías que acababan de abolirse. El conde de Fontaine, que, poco antes de lo dicho, aun se vanagloriaba de no haber leído la Constitución, y á quien se veía tan enojado contra la voracidad de los cortesanos, no tardó mucho en probar á su egregio señor que comprendía tan bien como él cuál era el espíritu y dónde estaban los recursos del *representativo*. Sin embargo de la seguridad de las carreras facilitadas á sus tres hijos y de las ventajas pecuniarias que por acumulación de los cuatro destinos conseguía, tan numerosa era la familia, que no le era fácil á de Fontaine restablecer rápidamente su fortuna. Sus tres hijos resultaban aventajados en lo porvenir, en influencias y en talento; pero tenía también tres hijas, y para éstas no osaba cansar al bondadoso monarca. Imaginó que lo más conveniente era no hablarle más que de una de estas vírgenes, á quienes urgía encender la antorcha del himeneo. El rey tenía un gusto exquisito y no había de dejar su obra imperfecta. El casamiento de la mayor con un recaudador general, Planat de Baudry, quedó ultimado con una de esas frases reales que nada cuestan de pronunciar y que valen millones. Cierta tarde, en que el monarca pecaba de frívolo, sonrió al enterarse de que existía otra señorita de Fontaine, y determinó casarla con un magistrado joven, de origen humilde, es cierto, pero rico, de talento, y á quien hizo barón. Cuando, en el año siguiente, habló el vandeano de la señorita Emilia de Fontaine, replicóle el rey con voz débil y agrilla: «*Amicus Plato, sed magis amica Natio.*» Luego, algunos días más tarde, obsequió á su *amigo Fontaine* con una cuarteta bastante cándida que clasificó como epigrama, y en el cual le embromaba á propósito de sus tres hijas, tan hábilmente producidas bajo la forma de una trinidad. Si hay que creer lo que dicen las crónicas, el monarca había bus-

cado la expresión feliz en la unidad de tres personas divinas.

—¿Si el rey quisiera cambiar su epigrama en epitalamio? —dijo el conde procurando reportar algún provecho de esta ocurrencia.

—Comprendo la rima, pero no el motivo—respondió duramente el príncipe, á quien no agradó el chiste hecho á costa de su poesía, por suave que pareciese.

Desde tal día, sus relaciones con de Fontaine fueron algo menos joviales. Los reyes gustan de que no se les contradiga nunca. Como ocurre con la mayor parte de los hijos menores Emilia de Fontaine era un Benjamín adulado por todo el mundo, y la frialdad del monarca amargó tanto más al conde, cuanto que nunca fué tan difícil concertar un matrimonio como el que deseaba para esta hija querida. Para darse cuenta de la importancia de tales obstáculos, es preciso introducirse en el interior del hermoso hotel que habitaba el administrador á expensas de la Lista civil. La infancia de Emilia transcurrió en las tierras de Fontaine, gozando allí del bienestar que satisface los primeros goces de la juventud. Sus más nimios deseos eran leyes para sus hermanas, para sus hermanos, para su madre y aun para el padre. Todos sus parientes adoraban en ella. Entrando en la edad del juicio, precisamente cuando la familia fué colmada de favores por la fortuna, continuó el encanto de su existencia. El lujo de París le pareció cosa tan natural como la abundancia de flores y de frutas y la opulencia campestre que alegraron sus primeros años. Del mismo modo que no había sufrido contrariedad alguna en su niñez cuando deseaba satisfacer los más alegres antojos, se vió también obedecida á la edad de catorce años en que se abandonó al torbellino de la sociedad. Acostumbrada á disfrutar progresivamente del favor de la fortuna, tan imprescindible llegó á serle el tiempo perdido en el arreglo de su tocado, en los salones elegantes de la sociedad dorada y en los carruajes, como los cumplimientos sinceros ó fingidos de los adulones y las fiestas y lisonjas de la corte. Como ocurre con la mayor parte de las criaturas mimadas, tiranizó á los que la adoraban y fué pródiga en atenciones con los indiferentes. Los defectos crecían con su edad y se acercaba la hora en que sus padres recogieran los amargos frutos de aquella funesta educación. A los diez y nueve años, Emilia de Fontaine no se había decidido aún á escoger entre los numerosos jóvenes



que astutamente reunía en sus fiestas de Fontaine. El ser moza no era obstáculo para que disfrutase en sociedad de toda la independencia de juicio posible en una mujer. Era su belleza tan notable, que le bastaba presentarse en un salón para reinar sobre todos; pero, al igual de los príncipes, no se atraía la amistad de nadie, sino que se la obsequiaba complacientemente y de modo, que un carácter más entero que el suyo no habría podido resistir. Ningún hombre, aunque se tratase de un viejo, osaba impugnar las palabras de una joven que con una simple mirada encendía el amor en el corazón más frío. Instruyósela mejor que á sus hermanas, y pintaba con bastante gusto, hablaba italiano é inglés, tocaba el piano desesperadamente; en fin, el timbre de su voz, educada por maestros famosos, daba á su canto no sé qué irresistible atractivo. Ingeniosa, adiestrada en diversas escuelas literarias, le hubiera sido fácil demostrar que, como dice Mascarille, hay almas superiores que vienen al mundo sabiéndolo todo. Hablaba fácilmente acerca de la pintura italiana y de la flamenca, de la edad media ó de la del renacimiento; juzgaba á diestro y siniestro los libros antiguos ó nuevos y hacia resaltar con cruel gracejo los defectos de cualquier obra. La frase más inofensiva acogíala la multitud idólatra como acogen los turcos un *setfa* del sultán. Así deslumbraba á los espíritus superficiales, y tenía tal tacto para descubrir á los de ingenio profundo y desplegaba tales recursos de coquetería, que á favor de sus gracias lograba sustraerse á su examen. Esta capa seductora ocultaba un corazón apático, la opinión común á muchas señoritas, de que nadie habitaba una esfera bastante elevada para apreciar la excelencia de su alma, y un orgullo que fundaba igualmente en las ventajas de su origen y en las de su belleza. Libre de todo sentimiento rudo que destruye más ó menos pronto el corazón de una mujer, concentraba todos los impulsos ardorosos de su juventud en la pasión inmoderada de las distinciones y demostrando un desprecio profundo á los plebeyos. Era, además, muy impertinente en el trato con la nobleza de nuevo cuño, y se esforzaba porque los suyos brillasen al par de las familias más ilustres del barrio de San Germán.

No se ocultaron tales sentimientos al espíritu observador del conde, quien más de una vez, á partir del matrimonio de sus dos hijas primeras, fué blanco de las burlas sarcásticas de Emilia. Las personas discretas se admirarán de haber

visto al viejo vandeano concediendo su primogénita á un recaudador general que poseía, cierto es, algunas tierras señoriales, pero cuyo nombre no iba precedido de ese prefijo á que debió el trono tantos defensores, y la segunda á un magistrado, de encumbramiento tan reciente, que era difícil olvidar el tiempo en que el padre vendía instrumentos de música. Tan notable cambio en las ideas del noble cuando entraba en sus sesenta años, época en que no suelen los hombres variar de creencias, no se debía únicamente á que habitase la moderna Babilonia, donde todos los provincianos acaban por desprenderse de su corteza ruda; sino que habían influido también en esta renovación de su conciencia política los consejos y la amistad del rey. El príncipe filósofo se complacía en convertirle á los principios que convenían al adelanto del siglo XIX y á la reforma de la monarquía. Luis XVIII pretendía refundir los partidos, como Napoleón había alterado las cosas y los hombres. Sólo que el rey legítimo, siendo quizás tan agudo como su adversario, obraba en sentido opuesto. El último de los jefes de la casa Borbón veíase tan impulsado á halagar al tercer estado y á los imperialistas, teniendo á raya al clericalismo, como celoso se mostró el primero de los Napoleones en atraerse á los grandes ó en engrandecer á la Iglesia. Confidente de los reales proyectos, el consejero de Estado llegó á ser, sin darse cuenta, uno de los jefes más influyentes y sagaces de aquel partido moderado, que propendía, en nombre del interés nacional, á unificar todas las ideas. Propagaba los costosos principios del gobierno constitucional y secundaba, poniendo en juego todo su predicamento, los manejos del manubrio político con que podía su señor regir la Francia, á pesar de los disturbios. Es posible que de Fontaine se empeñara en merecer la dignidad de par, aprovechando una de las rachas legislativas, cuyos efectos por lo extraordinarios sorprendían entonces á los más experimentados políticos. Una de sus preocupaciones más serias estribaba en no reconocer nobleza superior á la de los pares, á cuyas familias debían concederse, á su juicio, todos los privilegios.

—Una nobleza sin privilegios es un mango sin herramienta—decía.

Manteniéndose á distancia del partido de Lafayette y del de La Bourdonnaye, emprendía ardorosamente la reconciliación general de donde debía seguirse una era nueva y bri-



llante para los destinos de Francia. Procuraba convencer á las familias que frecuentaban sus salones y á las que él distinguía con su trato, de las escasas ventajas que ofrecían para lo porvenir la carrera administrativa y la militar. A las madres comprometíalas para que eligiesen sus hijos profesiones libres é industriales, convenciéndolas de que los empleos de la milicia y los altos cargos del gobierno acabarían por reservarse á los segundones de la clase aristócrata. Según él, la nación había conquistado una gran parte de los empleos administrativos, merced á su asamblea electiva, á las dignidades de la magistratura y á las del comercio, que serían siempre, estaba seguro, usufructo de los notables del tercer estado. Las nuevas teorías del conde y las ventajosas alianzas que resultaron de su aplicación para sus dos hijas primeras, hallaron gran resistencia en el seno de su hogar. La condesa de Fontaine se mantuvo consecuente con las rancias ideas de que no podía renegar una dama que procedía de los Rohan por la línea materna. Pero no obstante la oposición momentánea que hizo á la suerte y á la felicidad de sus hijas mayores, tuvo que dar su brazo á torcer, vencida por las reflexiones íntimas que se comunican los esposos cuando sus cabezas descansan sobre la misma almohada. De Fontaine probó fríamente á su mujer, con cálculos exactos, que su estancia en París, la necesidad de figurar, el esplendor de la casa que les resarcía de las privaciones compartidas con tanto valor en el fondo de la Vendée, y los gastos hechos para sus hijos, se comían la parte más fuerte de su sueldo oficial. Era, pues, necesario apoderarse, recibíndola como favor celeste, de la ocasión que tenían para acomodar á sus hijas con semejante desahogo. ¿No llegarían á poseer, tiempo adelante, sesenta, ochenta, cien mil libras de renta? No se encuentran siempre casamientos tan ventajosos para señoritas sin dote. En fin, ya era hora de que pensasen en economizar para el acrecentamiento de las fincas de Fontaine y para recuperar el mermado patrimonio de la familia. Cedió la marquesa, como lo hubiesen hecho todas las madres en su caso, aunque con menos repugnancia quizás, á tan persuasivos argumentos; pero no sin encastillarse en que por lo menos su hija Emilia debiera casarse en forma que no padeciese el orgullo que, desgraciadamente, había contribuido á que se apoderase de su alma tierna.

Así, los acontecimientos que debían haber llenado de

satisfacción á esta familia, introdujeron en ella un ligero germen de discordia. Los yernos fueron víctimas de un ceremonial frío que supieron imponer la condesa y la hija menor. Su táctica aun halló más ancho campo para el desarrollo de las tiranías domésticas; el teniente general se casó con la señorita Mongenod, hija de un poderoso banquero; el presidente desposó juiciosamente á una muchacha, cuyo padre, dos ó tres veces millonario, había traficado en sal; y por último, el tercer hermano mostróse consecuente con sus doctrinas democráticas, tomando por mujer á Grossetete, hija única del recaudador general de Bourges. Las tres cuñadas y los dos cuñados veían tales encantos y tales ventajas personales en la alta esfera del valimiento político y en los salones del barrio de San Germán, que se pusieron de acuerdo para hacer la corte á la altiva Emilia. Este pacto interesado para rendir parias al orgullo no era tan sólido que inutilizase á la joven soberana para promover disturbios en su diminuto estado. Promovíanse entre los miembros de esta poderosa familia escenas no reñidas con la más perfecta educación, que, manteniéndoles en cierta indiferencia zumbona, sin alterar sensiblemente el afecto fingido en público, degeneraba en el interior hasta promover sentimientos poco caritativos. Por ejemplo: la mujer del teniente general, convertida en baronesa, crefáse tan noble como cualquier Kergarouët, y estaba en el convencimiento de que sus cien mil libras de renta le autorizaban á ser tan impertinente como su cuñada Emilia, á quien deseaba, de cuando en cuando, con frase irónica, un casamiento feliz; aprovechaba siempre la oportunidad de anunciar que la hija de un par acababa de enlazarse con fulano, hombre de poco viso. La señora del vizconde de Fontaine se divertía en sobrepujar á Emilia por el buen gusto y la riqueza que ostentaba en sus tocados y en su tren, lo mismo tratándose de muebles que de carruajes. El dejo burlón con que los cuñados solían acoger las pretensiones de la señorita de Fontaine, despertaba en su ánimo la ira, que difícilmente podía calmar toda una rociada de epigramas. Cuando el jefe de la familia notó cierto enfriamiento en la tácita y débil amistad del monarca, asustóse con tanto mayor motivo cuanto que por pique, aceptando el reto burlón de sus hermanas, su querida hija cada vez picaba más alto en sus pretensiones.

Así las cosas y cuando la sorda lucha interior era más



grave, el príncipe, cuya gracia creía reconquistar de Fontaine, sufrió la enfermedad que debía llevarle al sepulcro. No tardó en sucumbir aquel gran político que tan bien supo gobernar su nave defendiéndola de las borrascas. Seguro del favor que volvía á mimarle, el conde de Fontaine hizo, entonces, los mayores esfuerzos para reunir alrededor de su última hija lo más escogido de la juventud dorada. Comprenderán, sin duda, los que han abordado el difícil problema de casar á una hija orgullosa y caprichosa, cuántos sabores tuvo que devorar el pobre vandeano. Coronando su obra, esta última empresa habría puesto digno remate á la carrera seguida por el conde, en París, desde diez años atrás. A juzgar por la facilidad con que su familia asaltaba todas las esferas ministeriales, pudiera comparársela á la casa de Austria que, merced á sus alianzas, amenaza invadir la Europa. Tanto era el empeño en asegurar la ventura de su hija, que el viejo no se cansaba de presentar pretendientes; pero nada más divertido que la manera como aquella criatura impertinente pronunciaba sus fallos y juzgaba los méritos de sus adoradores. Hubiérase dicho que como una de las princesas de las *Mil y una noches*, Emilia era lo suficientemente rica y hermosa para tener el derecho de elegir entre todos los príncipes del mundo: sus objeciones eran cada vez más gracias; uno tenía las piernas muy grandes y era patizambo; otro miope; éste se llamaba Durand; aquél cojeaba, y casi todos le parecían exageradamente gruesos. Más despierta, más encantadora, más alegre que nunca, después de haber rechazado á dos ó tres pretendientes, acudía á las fiestas de invierno, á los bailes, donde con mirada perspicaz examinaba á las celebridades de moda, complaciéndose en excitar ilusiones que destruía después. Háblale prodigado naturaleza los dotes necesarios para desempeñar el papel de Celimenes. Alta y esbelta, Emilia de Fontaine andaba con aire majestuoso ó ligero, graciosamente alocado, á su antojo. Su cuello, un poco largo, le ayudaba á adoptar adorables gestos en la actitud, ora desdeñosos, ora impertinentes. Era fecundo el repertorio de los movimientos y de las muecas femeninas que completan de un modo, á veces afortunado, á veces cruel, las medias palabras y las sonrisas. Los cabellos negros, hermosos, las cejas espesísimas y arqueadas daban á su fisonomía una expresión valiente que el sentimiento de la coquetería, al par que su espejo, le enseñaron á templar ó á

convertir en terrible, ya por la dulzura de su mirada, ya por la impasibilidad ó por las ligeras inflexiones de sus labios, sonriendo graciosa ó fríamente. Cuando quería ganarse el afecto no le faltaban melodías en su voz; pero sabía además imprimirle una á manera de claridad seca cuando se proponía atajar las indiscreciones de un caballero, haciéndole enmudecer. Su blanca figura y su frente alabastrina eran como la superficie límpida de un lago que, alterada por el soplo de la brisa, recobra su reposo risueño cuando el viento calma. Muchos jóvenes, víctimas de sus desdenes, la motejaron de hábil comedianta; pero ella se justificaba, inspirando á los maldicientes el deseo de agradarla y sometiéndoles entonces sin piedad á todos los desprecios de sus veleidades. Ninguna de las muchachas elegantes sabía adoptar mejor un aire altivo al ser saludada por un hombre de talento, ó desplegar esa cortesía insultante que convierte á nuestros iguales en inferiores y abrumar con su impertinencia á todos los que procuraban parecersele. Creeríase que recibía, dondequiera que se encontraba, homenajes y no cumplimientos, y aun en el palacio de una princesa, su talante y su ademán habrían convertido el sillón que ocupara en trono imperial.

De Fontaine descubrió algo tarde hasta qué punto pudo falsear la educación de la hija que más amaba el trato solícito y tierno de toda su familia. La admiración que se demuestra prematuramente á una joven, y de que no se tarda en tomar desquite, contribuyó á exaltar el orgullo de Emilia y acreció su confianza en sí propia. La complacencia general con que se la miraba desarrolló en su carácter el egoísmo natural á los pequeños mal criados que, al igual de los reyes, se divierten con todo lo que les rodea. Entonces, la gracia de la juventud y el encanto de su ingenio avispado ocultaban tales defectos, tanto más odiosos en una mujer cuanto que sólo le es permitido agradar sacrificándose, abnegándose; nada escapa á la observación de un buen padre, y de Fontaine intentó explicar á su hija las páginas principales del libro de la vida. ¡Inútil empresa! Tuvo que recibir demasiados golpes de la indocilidad caprichosa y del ingenio agudo de la joven para que perseverase en la tarea difícil de corregir un carácter pernicioso. Contentóse con dar consejos dulce y bondadosamente; pero era grande su dolor viendo que las palabras más tiernas resbalaban sobre el corazón de su hija como si fuese de már-



mol. Cuesta tanto á un padre abrir los ojos, que fué preciso que el vandeano sufriera muchos desengaños para que notara con qué aire de condescendencia le otorgaba aquélla muy raras caricias. Parecíase á esas niñas que con su gesto de enfado dicen á la madre: «Acaba de abrazarme, porque deseo irme á jugar.» En fin, Emilia desdeñaba ser cariñosa con sus padres. Con frecuencia, por uno de esos caprichos repentinos que son inexplicables en las jóvenes, se aislaba haciéndose cara de ver; quejábbase de que la ayudasen tantos á compartir la ternura de su padre y de su madre, y se mostraba celosa de todo, hasta de sus hermanos y de sus hermanas. Luego de haberse esforzado en crear el vacío á su alrededor, esta muchacha extravagante acusaba á la naturaleza entera de su soledad aparente y de sus penas voluntarias. Condenaba á la suerte, envalentonada con su experiencia de veinte años, porque, ignorante de que el principio fundamental de la ventura se halla en lo íntimo de nuestro ser, buscaba, fuera, en las manifestaciones externas, su logro. Hubiera huído al fin del mundo para evitar un casamiento como el de sus dos hermanas, y, sin embargo, sufría una envidia horrosa viéndolas casadas, ricas y felices. Su madre, víctima de sus voluntariedades, tanto ó más que de Fontaine, sospechó en más de una ocasión si habría en su cerebro un ramo de locura. Semejante aberración se explicaba fácilmente; nada hay tan vulgar como ese sentimiento que germina en el pecho de las jóvenes cuyas familias ocupan las más elevadas esferas sociales, y á quienes la naturaleza prodiga las dotes de la hermosura. Casi todas se hallan persuadidas de que cuando llegan las madres á los cuarenta ó cincuenta años no pueden ya simpatizar con sus almas llenas de juventud, y mucho menos comprender los caprichos de ellas. Se figuran que la mayor parte de las madres, celosas de sus hijas, quieren vestir las á su manera con el premeditado designio de eclipsarlas ó de disputarles sus homenajes. De ahí provienen muchas lágrimas ocultas y no pocas rebeliones íntimas contra la pretendida tiranía maternal. Para consolarse de estas amarguras, que llegan á ser reales, aunque amasadas sobre una base imaginaria, se forjan una novela y sacan de su propia imaginación un brillante horóscopo. La magia de esto consiste en confundir el sueño con la realidad: resuelven secretamente en sus prolongadas meditaciones no entregar su corazón ni su mano sino al hombre que posea tales ó cuales cualidades;

dibujan en su cerebro un tipo á quien es forzoso, quieras que no, que su futuro se parezca. La experiencia de la vida y las ideas graves que son fruto de los años, en fuerza de contemplar el mundo por su lado prosaico, á copia de ejemplos dolorosos, los colores brillantes de su figura ideal se apagan; después llega un hermoso día en que se dejan llevar por la corriente de la existencia, admirándose de ser felices sin la nupcial poesía de sus ensueños. Según esta moral, la señorita Emilia de Fontaine había prescrito un programa á que debía ajustarse su novio para ser aceptado; y esto explicaba sus desdenes y sus burlas sarcásticas.

—Aunque joven y de nobleza rancia—decíase,—será par de Francia ó primogénito de un par. Seríame insoportable no ver mis armas pintadas sobre los tableros de mi carruaje entre los pliegues flotantes de un manto azul, y no trotar, como los príncipes, por la gran calle de árboles de los Campos Eliseos, en las carreras de Longchamp. Además, mi padre afirma que tal dignidad será un día la mayor que se otorgue en Francia. Quiero que sea militar, reservándome el derecho de obligarle á dimitir, y que esté condecorado para que nos rindan armas.

Nada valían estas cualidades, si un tal ser no reuniese, por otra parte, la condición de ser muy amable, linda apostura, ingenio, y si no fuera esbelto. La esbeltez, gracia del cuerpo, por efímera que pueda ofrecerse, sobre todo en un gobierno representativo, era cláusula de rigor. La señorita de Fontaine poseía cierto patrón ideal que le servía de modelo. El joven que al primer golpe de vista no llenase las condiciones establecidas, no obtenía los honores de una segunda mirada.

—¡Ah, Dios mío, y qué grueso está ese caballero!—era la expresión más profunda de desprecio en sus labios.

Eran, á su juicio, pésimos maridos, incapaces de sentir, é indignos de pertenecer á ninguna sociedad culta los que ostentaban regular corpulencia: no podía darse mayor infortunio para la mujer, así reuniese en su abono todos los esplendores de las bellezas orientales, que la gordura, y en los hombres resultaba semejante defecto criminal. Divertían estas opiniones paradójicas, gracias al buen humor con que iban expuestas. Comprendió, al cabo, el conde que semejantes pretensiones les exponían á caer en lo ridículo y que no tardarían en ser objeto de burla, porque era imposible que escapasen ya á la perspicacia de ciertas damas á quienes agradaba mucho



la mortificación ajena. Temió que las ideas extravagantes de su hija no degenerasen en ocurrencias de mal tono; tembló, viendo cercano el momento en que las gentes se burlaran de quien permanecía tanto tiempo en escena sin llegar al desenlace de la comedia que representaba. No faltaban pretendientes despechados, atentos al más nimio contratiempo con el propósito de vengarse; los indiferentes, los ociosos empezaban á impacientarse: la admiración continuada fatiga siempre á la especie humana. Sabía por experiencia el viejo vandeano que si se ha de escoger con tacto el momento oportuno de aparecer sobre los tablados de la sociedad, y mejor aún en los de la corte, en cualquier salón, en cualquier escena, más difícil resulta saber abandonarlos á tiempo. Por este motivo redobló sus esfuerzos, durante el primer invierno que siguió á la proclamación de Carlos X, obrando en inteligencia con sus tres hijos y sus yernos, para reunir, en los salones de su hotel, á los mejores partidos que podían ofrecer á la doncella París y las distintas diputaciones de los departamentos. Lo brillante de sus fiestas, el lujo de su comedor y sus comidas olorosas y bien condimentadas rivalizaban con los banquetes que daban los ministros á sus electores para asegurar el voto.

Se acusó al respetable diputado de ser uno de los más fuertes corruptores de la probidad legislativa en aquella ilustre Cámara, que, según todas las trazas, murió víctima de una indigestión. ¡Cosa singular! Sus tentativas para conseguir el matrimonio de su hija aumentaron su poder. Es posible que le proporcionara algún beneficio secreto el vender dos veces sus patatas rellenas. La acusación provenía de ciertos liberales fisgones que compensaban su aislamiento en la Cámara con la facilidad de su oratoria, y no obtuvo éxito. La conducta del noble poteyino (1) era para todos tan digna y discreta, que no se le dirigió una sola frase de las que los periódicos de la época empleaban en sus sátiras contra los trescientos votantes del centro, los ministros, los cocineros, los directores generales, los príncipes del tenedor y los defensores de oficio que sostenían la administración Villele. A lo último de la campaña, en que de Fontaine había empleado todas sus reservas, durante varias tentativas, imaginó que aquella convocatoria de novios no quedaría, como otras veces, en sim-

(1) El natural de Poitou.

ple juego para su hija, pues era tiempo de que la tirana decidiese. Estaba íntimamente convencido de haber llenado sus deberes paternos. Habiendo hecho astilla de todo árbol, confiaba en que bien pudiera hallar la caprichosa Emilia un corazón entre tantos como se apresuraban á rendírsele. Impotente para renovar el asalto y cansado, además, de la conducta de la joven, una mañana en que no era absolutamente precisa su intervención en la Cámara, ya á lo último de la cuaresma, se resolvió á salir de dudas. Y en tanto que su ayuda de cámara completaba el peinado venerable que en forma de alas colgantes de paloma y rematando en delta polvorienta, lucía su cráneo amarillo, ordenó, no sin experimentar profunda emoción, que se hiciese comparecer á la orgullosa señorita ante el jefe de la casa.

—José—dijo cuando el doméstico terminaba la operación, —quita este paño; estira esos cortinajes; coloca esos sillones ordenadamente; sacude el tapete de la chimenea y arrégalo bien; límpialo todo. ¡Vamos! Abre la ventana para que se renueve el aire de este gabinete.

Multiplicaba el conde las órdenes y hostigaba á José, quien, penetrado de los deseos de su señor, infundió cierta frescura á este cuarto, que era, naturalmente, el más descuidado en limpieza de la casa, y logró ordenar los montones de cuentas, los dibujos, los libros, los muebles del santuario donde se resolvían los intereses del dominio real. Cuando José acabó el arreglo de aquel caos, sacando á relucir, como se hace en las tiendas, las cosas más agradables á la vista, ó que pudieran, por la combinación de sus colores, inspirar cierta poesía burocrática, se detuvo en medio de aquel dédalo de papeletas arrojadas en diferentes sitios, hasta sobre la alfombra, se admiró á sí mismo, meneó la cabeza y salió.

El pobre burócrata no participó de la favorable opinión de su sirviente. Antes de acomodarse en su gran sillón almohadillado, miró con desconfianza cuanto tenía en rededor, examinó displicentemente su bata, echó fuera algunos granos de tabaco, limpióse la nariz, arregló las badilas y las tenazas, avivó el fuego, levantó los talones de sus chinelas, echó á la espalda su trenza introducida entre el cuello de su chaleco y el de su batín, dándole su posición perpendicular; luego aventó de un escobazo las cenizas de un hogar, testimonio de que su catarro se obstinaba en fastidiarle. En fin, el viejo no tomó asiento hasta haber pasado por última vez



revista á su despacho, confiando en que nada serviría de blanco para las observaciones tan chuscas como impertinentes con que su hija acostumbraba á responder cuando él le daba sabios consejos. En tan solemne acto no quería comprometer su dignidad paternal. Tomó con cierta finura un polvo de rapé y tosió dos ó tres veces como si se dispusiera á un recuento nominal de votos; es que oía el paso ligero de su hija, quien entraba tarareando un aire de *El Barbero*.

—Buenos días, padre. ¿Qué me quiere usted tan de mañana?

Pronunciadas estas palabras, que eran como ritornelo de su canto, abrazó al conde, no con la ternura familiar que presta tanta dulzura á los sentimientos filiales, sino con la indiferente ligereza de la señora que está segura de agradar siempre, obre como guste.

—Querida hija—dijo gravemente de Fontaine,—te he mandado llamar para que hablemos muy en serio de tu porvenir. La necesidad absoluta que tienes de escoger marido para que tu dicha sea duradera....

—Mi buen padre—respondió Emilia interrumpiéndole en el tono más cariñoso que pudo,—me parece que no ha expirado aún el armisticio que suscribimos los dos en materia de novios.

—Emilia, acaben ya las chanzas en asunto tan grave. Hace tiempo, querida mía, que todos cuantos te aman se esfuerzan por asegurar tu posición, y me parece muy ingrato corresponder con tanta ligereza á la solicitud que muchos, como yo, te prodigan.

Buscando maliciosamente, después de este preámbulo, entre los muebles de la sala, el sillón que parecía menos usado por los pretendientes, la joven lo arrastró al otro lado de la chimenea, colocóse frente á su padre, adoptó una actitud tan grave, que era imposible dejar de confundirla con una mueca burlona, y cruzó los brazos sobre el rico adorno de una piel nívea, cuyos vellones de tul fueron arrugados sin piedad. Cerró la pausa muda, mirando por el rabillo del ojo y riéndose, la figura recelosa del viejo.

—Jamás he oído á usted decir, querido padre, que el gobierno dictase órdenes vestido con bata. Pero no importa—y se sonreía hablando así,—el pueblo no debe ser exigente; veamos los proyectos de ley y las credenciales que le acreditan á usted.

—No siempre me será fácil hacerlo, loca. Escucha, Emilia. No abrigo propósito de comprometer durante mucho tiempo mi seriedad, que es parte de la fortuna de mis hijos, reclutando ese regimiento de danzarines que tú disuelves en cuanto llega la primavera. Has tenido la culpa, aunque involuntariamente, de muchos rozamientos peligrosos con ciertas familias, y espero que comprenderás al fin que estamos en una situación falsa y difícil. Tienes veintidós años, hija mía, y hace más de tres que deberías estar casada. Tus hermanos y tus dos hermanas han contraído vínculos ventajosos; pero los gastos que nos han acarreado sus matrimonios y el tren en que obligas á tu madre á mantener la casa, han agotado hasta tal punto nuestras rentas, que á duras penas podría asignarte hoy un dote de cien mil francos. He de pensar también en el porvenir de tu madre, á quien no es justo que sacrifiquen sus hijos. Si yo faltase, Emilia, la señora de Fontaine no sabría depender de nadie, y es justo que continúe gozando de las comodidades con que he recompensado, si bien algo tarde, su abnegación en mis tiempos de infortunio. Ya ves, hija mía, que la pobreza de la dote me corresponde á tus sueños de grandeza, y aun para ello me veré precisado á hacer un sacrificio que no alcanzó ningún otro hijo. Valga que tus hermanos han resuelto generosamente no reclamar nunca contra la distinción con que favorecemos á una criatura adorada.

—¡Con la posición que tienen!—dijo Emilia haciendo un mohín irónico.

—No desprecies de ese modo, hija mía, á quien te ama. Sólo los pobres son generosos; á los ricos les sobran siempre pretextos para negar veinte mil francos que les pida un pariente. No te enfurruñes, hija mía, y hablemos como personas razonables. Entre los jóvenes que pueden ofrecerte su mano, ¿no te has fijado en el caballero de Manerville?

—¡Oh! dice sí por sí. Está siempre contemplando su pie, porque le parece pequeño. Se admira á sí mismo. Por otra parte, es rubio, y los rubios no me gustan.

—Pues bien, ¿y el señor Beaudenord?

—No es noble. Mal fachado y grueso. Verdad que es moreno. Sería de gran éxito que esos dos hombres pactaran reunir su fortuna, y que el primero cediese su figura y su alcurnia al segundo, quien conservaría sus cabellos, y entonces... quizás...



—¿Y qué tienes que oponer á los méritos de Rastignac?

—La señora Nucingen le ha convertido en banquero— dijo Emilia maliciosamente.

—¿Y nuestro allegado, el vizconde de Portenduere?

—Un muchacho que baila mal, y, por otra parte, sin patrimonio. En fin, padre mío, á todas esas gentes les falta un título. Quiero, cuando menos, ser condesa, como mi madre.

—No has visto, entonces, este invierno á nadie que...

—No.

—¿Qué ambicionas, pues?

—Quiero al hijo de un par de Francia.

—Estás loca, hija mía—dijo de Fontaine poniéndose de pie.

Pero en seguida convirtió los ojos al cielo, como si recogiera una nueva dosis de resignación abstrayéndose en un pensamiento religioso, y mirando, á la postre, piadosa y paternalmente á su hija, á quien conmovió esta actitud del viejo, le cogió la mano y se la estrechó, diciéndole con cariño:

—Dios es testigo, pobre criatura extraviada, de que he cumplido todos mis deberes á conciencia, ¿qué digo á conciencia? con amoroso afán, Emilia mía. Sí, Dios lo sabe; te he presentado este invierno más de un joven simpático, cuyas cualidades, cuyas costumbres, cuyo carácter conocía perfectamente, y que parecían dignos de ti. Mi misión está cumplida. Desde hoy tú serás el árbitro de tu suerte, creyéndome yo feliz y desgraciado á un tiempo por verme libre de la más pesada de todas las obligaciones paternas. Ignoro si podrás oír durante mucho tiempo esta voz que, por desgracia, no ha sido nunca severa; pero recuerda á todas horas que la felicidad del matrimonio se cifra en la estimación recíproca de los cónyuges mejor que en sus cualidades brillantes y que en la fortuna. La dicha es, por naturaleza, modesta y sin brillo. Anda, hija mía, doy desde luego mi consentimiento á quien me presentes por yerno; pero si llegas á ser desgraciada, ningún derecho tendrás á acusarme. No me negaré á hacer las diligencias precisas para ayudarte, y sólo te pido que tu elección sea seria y definitiva; estoy decidido á no comprometer por segunda vez el respeto que se debe á mis canas.

El afecto que le demostraba su padre y el acento solemne que imprimió á su melosa perorata, conmovieron vivamente á la señorita de Fontaine; pero ésta disimuló su emoción, y

saltando sobre las rodillas del conde, que acababa de sentarse, trémulo, le prodigó las caricias más dulces y le mimó con tal gracia, que desapareció el ceño fruncido del viejo. Cuando juzgó Emilia que su padre estaba repuesto de la crisis penosa, le dijo á media voz:

—Le agradezco á usted su deferencia, querido padre. Para recibir á la hija adorada, se ha ordenado este gabinete. Es posible que no imaginara usted encontrarla tan loca y rebelde. Pero, hablemos claro, ¿es en realidad difícil enlazarse con un par de Francia? Usted ha prohibido que se les eleve á tal dignidad á manos llenas. ¡Ah, padre mío! Cuando menos no dejará usted de aconsejarme.

—No, pobre niña, no; lejos de eso, no me cansaré de repetirte: «¡Tén cuidado!» Piensa ante todo que semejante rango es un recurso demasiado nuevo con nuestro gubernamentalismo, como decía el difunto monarca, para que los pares puedan poseer grandes fortunas. Los ricos desean aumentar sus tesoros. El par más opulento no está, en cuanto á rentas, tan fuerte como el lord menos rico de los que figuran en la alta Cámara de Inglaterra. Esto explica que los pares de Francia busquen ricas herederas para sus hijos, sin mirar el estado social donde la encuentren. Se hallan en la precisión de decidirse por los casamientos de conveniencia, y esto será así durante más de dos siglos. No se me oculta que á caza de la feliz casualidad que desees, hallazgo en que puede marchitarse la flor de la juventud, tus encantos (sabido es que en nuestro siglo los más se casan por amor), tus encantos, digo, pueden operar un prodigio. Es lícito esperar maravillas de la experiencia cuando se une á un rostro tan fresco como el tuyo. ¡No posees la facilidad de reconocer las virtudes de un ser por el mayor ó menor volumen que adquieren los cuerpos? Como no es ese un mérito cualquiera, es inútil que señale á una persona tan discreta como tú todas las dificultades de la empresa. Seguro estoy de que no supondrás en un desconocido, si su figura es zalamera, que posee un criterio recto ni cualidades reñidas con su lindo aspecto. En fin, estoy conforme en que los hijos de par vienen obligados á cierta distinción característica y rasgos y modales notoriamente distintivos. Aunque ninguna seña personal indique la alta clase en cuestión, es seguro que los jóvenes de que se trata se revelen á tu penetración por un *no sé qué* indescriptible. Por otra parte, sabes sujetar á tu cora-



zón, como un excelente jinete que evita todos los tropezones, con maestría, á su corcel. Buena suerte, hija mía.

—¿Te burlas, papá? Pues te confieso que, de no ser la esposa de un par de Francia, preferiré morir reclusa en el convento de la señorita de Condé.

Saltó de los brazos de su padre, y evanecida de ser su tirana, se fué cantando el aire de *Cara non dubitare* del *Matrimonio secreto*. Celebraba la familia aquel día el aniversario de una fiesta íntima; y á los postres habló la señora Planat, mujer del recaudador general y la mayor de las hermanas de un americano, dueño de inmensa fortuna y que estaba locamente prendado de Emilia, á quien había hecho ofrecimientos muy brillantes.

—Se trata de un banquero, según parece—dijo indiferentemente Emilia.—No me gustan los comerciantes.

—Pero, Emilia—replicó el barón de Villaine, marido de la segundona de Fontaine,—tampoco te merece aprecio la magistratura, y si rechazas también á los rentistas sin título, no sé en qué clase vas á escoger marido.

—Sobre todo, Emilia, con tu sistema de no querer más que á los hombres flacos—añadió el teniente general.

—Bien sé yo—respondió la joven—lo que me conviene hacer.

—Mi hermana busca un nombre distinguido, una figura esbelta, un porvenir brillante—exclamó la baronesa—y cien mil libras de renta... las que posee el señor de Marsay, por ejemplo.

—Se me figura, querida hermana, que no haré un casamiento tonto, como tantos otros que se ven por ahí. Y conste, para que evitemos estas discusiones nupciales, que considero como enemigos, que conspiran contra mi tranquilidad, á los que me hablan de semejante asunto.

Un tío de Emilia, vicealmirante, cuya fortuna acababa de redondearse con unos cuantos miles de libras esterlinas de renta, favorecido por la ley de indemnidad, viejo septuagenario, aficionado á decir las verdades más duras á su sobrina, á quien adoraba ciegamente, adujo, queriendo cortar la aspereza de la conversación:

—No atormenten ustedes más á la pobre niña. ¿No ven que espera á que entre en la mayor edad el duque de Bordeaux?

Una risotada general acogió la salida de tono del viejo.

—Tenga cuidado que no me dé por casarme con usted, viejo chocho—añadió la joven.

Felizmente, estas palabras fueron ahogadas por el alboroto que reinaba allí.

—Hijas mías—objetó la señora de Fontaine tratando de dulcificar semejante impertinencia,—Emilia, como todos nosotros, no dejará que le aconseje nadie más que su madre.

—¡Oh, Dios mío! en asunto que sólo á mí me incumbe, yo soy quien tiene que resolver—contestó Emilia decididamente.

No hubo quien no fijase sus miradas en el jefe de la casa curiosamente, esperando un acto de energía en consonancia con su dignidad. No sólo gozaba el venerable vandeano de gran consideración entre las gentes, sino que más feliz, en esto, que otros padres, merecía el aprecio de su familia, sin que ni uno de los miembros le negara las condiciones de talento necesarias para labrar la prosperidad de los suyos: no le faltaba, pues, ese profundo respeto con que las familias inglesas y algunas casas aristócratas del continente distinguen al representante del árbol genealógico. Reinó un silencio profundo, durante el cual los convidados tenían su atención fija en el rostro enfurruñado y altivo de la hija consentida y en el semblante severo de los señores de Fontaine.

—He consentido á mi hija que decida de su suerte—contestó gravemente el conde.

Los parientes y los tertulianos miraron entonces á la aludida con cierta curiosidad que tenía mucho de piadosa. Semejante respuesta parecía indicar que el bondadoso padre se había cansado de luchar contra un carácter que era, en opinión de la familia, incorregible. Los yernos corearon en voz baja la decisión, y los hermanos sonrieron maliciosamente á sus mujeres. Y ya cada cual se creyó relevado de interesarse en aquel problema del matrimonio de la orgullosa. Únicamente su tío, viejo marino incorregible, se atrevió á resistir las andanadas y á sufrir los arranques de la doncella, sin que desmayara en la maniobra de devolverle golpe por golpe.

Cuando llegó el buen tiempo, después de votados los presupuestos, esta familia, verdadero modelo de núcleos parlamentarios allende la Mancha, que privan en todos los ramos de la administración y tienen diez votos en los Concejos, tendió su vuelo como una bandada de pájaros hacia los hermosos



parajes de Aulnay, de Antony y de Chatenay. Acababa de comprar, el opulento recaudador general, en uno de estos sitios, una casa de campo para su esposa, quien sólo vivía en París durante las sesiones. Aunque la bella Emilia mirase con desprecio al estado llano, semejante aversión no le privaba de aprovechar las ventajas que ofrece la fortuna amasada por las gentes vulgares. Acompañó, pues, á su hermana á la suntuosa *villa*, menos por afecto á los allegados que allí fueron á veranear, que por el buen tono, que arrastra imperiosamente á todos los que se estiman en algo á salir, durante el verano, de la capital. Las verdes campiñas de Sceaux reunían admirablemente todas las condiciones exigidas por el buen tono y el deber de los cargos públicos.

Como no hay que poner en duda que la fama no ha llevado más allá del distrito del Sena el renombre que goza el baile de Sceaux, será necesario dar algunos pormenores acerca de esta fiesta semanal que por su importancia tenía todos las trazas de merecer los honores de institución. Los alrededores de la insignificante ciudad de Sceaux son muy nombrados, gracias á sus paisajes, que los más tienen por encantadores. Es posible que no tengan nada de particular y que no deban su celebridad más que á la estupidez de los acomodados de París que, saliendo de las tinieblas y de las estrecheces en que se agitan, están dispuestos á admirar las llanuras de Beauce. Sin embargo, como las poéticas umbrías de Aulnay, las colinas de Antony y el valle de la Bièvre, se ven favorecidos por la presencia de los artistas que viajan, por extranjeros exigentes y por gran número de lindas damas, á quienes distingue el buen gusto, hay que convenir en que no falta razón á los parisienses. Pero Sceaux tiene otro atractivo no menos poderoso para el que sale de París. En el centro de un jardín desde donde se gozan deliciosas perspectivas, se encuentra inmensa rotunda abierta á todos los vientos y cuya cúpula, tan extensa como sencilla, sostienen elegantes pilas-tras. Este pabellón campestre sirve de sala de baile. Raro es que los ricachones más presumidos de la vecindad no emigren una ó dos veces durante la temporada á este palacio de la Terpsicore lugareña, ya en brillantes cabalgatas, ya en elegantes y ligeros coches que llenan de polvo á los que se conforman con ir á pie. La esperanza de encontrar allí algunas damas de la alta sociedad y que ellas correspondan con sus miradas, y la esperanza, menos veces defraudada, de tro-

pezarse con aldeanas tan astutas como un juez, lleva el domingo al baile de Sceaux á numeroso enjambre de pasantes de abogado, de discípulos de Esculapio, y de jóvenes en quienes el aire húmedo de las trastiendas parisienses conserva la tez blanca y la frescura del rostro. No es extraño, por tanto, que se hayan iniciado muchos casamientos de la clase media, á los sones de la orquesta que ocupa el centro de esta sala circular. ¡Cuántos amores descubriría el techo, si pudiera hablar! La interesante confusión de gentes prestaba entonces al baile de Sceaux atractivos que no reúnen otros dos ó tres bailes de los alrededores de París á que daban incontestables ventajas la belleza del paisaje y los encantos de sus jardines. Emilia fué la primera que manifestó deseos de asistir al placentero baile del contorno, y se prometía divertirse, confundiendo con la popular reunión. Admiráronse todos de que deseara perderse en aquella batahola. Pero ¿acaso no experimentan los grandes una satisfacción muy viva guardando el incógnito? La señorita de Fontaine se complacía en representarse tantas figuras ciudadanas y pensaba en el deleite con que guardarían muchos corazones humildes el recuerdo de una de sus miradas ó de sus sonrisas encantadoras; relase por adelantado de las bailadoras presuntuosas y afilaba su lápiz para recoger las escenas con que imaginaba enriquecer su álbum satírico. Ningún domingo satisfizo tan bien su impaciencia. La caravana Planat se puso en camino á pie, á fin de no cometer la indiscreción de revelar su rango á las personas que honrasen con su presencia el baile. Habían comido temprano. Y para mayor fortuna, mayo favoreció esta escapatoria aristocrática regalándoles una de sus noches más bellas. Sorprendió á la señorita de Fontaine encontrar bajo la rotunda algunos grupos alegres. Distinguió perfectamente, aquí y acullá, infinidad de jóvenes que, según todas las trazas, empleaban sus economías de un mes en lucir durante una velada, y reconoció varias parejas, cuya franca alegría no descubriría ningún lazo conyugal; pero no tuvo más remedio que espigar allí donde esperaba recolectar. Pasmóle el ver que el goce disfrazado de percal se parecía, como una gota á otra gota, al placer vestido de satén, y que la provinciana bailaba con tanta gracia, y á veces mejor, que no las damas de la nobleza. La mayor parte de los trajes eran sencillos y llevados con donaire. Los que representaban en la reunión á los feudatarios del territorio, es decir los aldea-